

EDUCACIÓN Y HUMANIDADES: EDUCACIÓN PARA LA INTEGRIDAD HUMANA

*Federico Mayor Zaragoza**

En un momento en el que el debate en torno a las «humanidades» en la educación obligatoria ocupa la agenda de los responsables políticos, de los colectivos de padres y de los educadores, cabría preguntarse qué entendemos por «formación humanística». El humanismo y, por ende, la educación en la cultura de paz, son fundamentales en esta era de la información. La cultura de paz sólo será posible con el compromiso de la comunidad educativa en la transmisión a los niños de hoy –los adultos de mañana– de los valores en que se basa el progreso armónico de la humanidad: solidaridad, tolerancia, respeto mutuo, espíritu de diálogo y conciencia de la dignidad de cada ser humano. Cada cuatro días, un millón de nuevos seres humanos –cada uno de ellos único– llega a vivir con nosotros, la mayoría de las veces en los barrios más menesterosos de esta aldea global que hoy es el mundo. Debemos esforzarnos para que estos seres humanos puedan decidir por ellos mismos sobre su futuro y diseñen su forma de vivir y de actuar. Y esto sólo podrán conseguirlo mediante la educación.

Padres, educadores, alumnos, forman un triángulo cuyos vértices se necesitan mutuamente, de forma que no puede haber una educación que forme ciudadanos del mundo si no existe esta interacción permanente. Todos aprenden y se forman recíprocamente –en eso estriba precisamente el concepto de educación. En primer lugar hay que plantearse **para qué** se educa; luego cabe preguntarse **en qué** se educa, cuáles son los contenidos; también hay que dejar claro **quién, a quién, con quién y para quién** así como el **cómo**, el **dónde**, el **cuándo** y el **cuánto**.

* Presidente de la Fundación Cultura de Paz.

Tenemos que luchar todos los días para cambiar una tendencia que viene de muy lejos, fortalecida por el tiempo. Durante siglos, la consigna que ha regido las relaciones humanas y políticas ha sido la de *si vis pacem, para bellum* –si quieres la paz, prepara la guerra–. En lugar de transformar las lanzas en arados, hemos aumentado el número de lanzas y, al prepararnos para la guerra, nos hemos visto irremediabilmente abocados a ella. En el siglo que acaba de terminar, testigo de avances sin precedentes en la medicina, la técnica, las comunicaciones y los transportes, hemos pagado una factura terrible de millones de muertos que tenemos la obligación de recordar y la mejor forma de hacerlo es empezar a utilizar, frente a la razón de la fuerza, la fuerza de la razón, la ley justa y la palabra –la voz del pueblo– frente a la espada. Y transformar ahora este proverbio perverso en otro que diga «si quieres la paz, constrúyela cada día, en tu casa, en tu trabajo, en tus relaciones con familiares y amigos, en tu actitud como ciudadano».

Por iniciativa de los Premios Nobel de la Paz, se añadió la celebración del Año Internacional de la Cultura de Paz (2000), el ***Decenio de una cultura de paz y de no violencia para los niños del mundo (2001-2010)***. La violencia presenta, además de la agresión física, múltiples facetas: miseria extrema y hambre, injusta distribución de los bienes de toda índole –materiales, intelectuales–, impacto mediático en forma de uniformización y banalización de las culturas y de la diversidad –particularmente relevante porque puede llegar a anular la reacción de los afectados en su diversidad en su identidad. Cada ser humano es único, impredecible e inconmensurable en cada instante de su vida –desde el punto de vista biológico y desde el punto de vista intelectual y sociocultural.

En las últimas décadas, hemos sido capaces de descifrar el lenguaje de la vida, el lenguaje de la transmisión genética y «la traducción» de estos genes en actividades biológicas. De este modo, hoy podemos predecir y medir el comportamiento de todos los seres vivos, salvo (¡qué maravilla!) el de los seres humanos. Los seres humanos pueden crear, los seres humanos tienen unas facultades desmesuradas e inconmensurables, y esta desmesura es nuestra esperanza. Esta desmesura y esta capacidad de elegir libremente, de vivir al filo exacto de las luces y de las sombras, de las certezas y de las incertidumbres, ésta es la maravilla –y el misterio– de estos seres humanos impredecibles e insólitos. No los podemos medir, no podemos predecir su comportamiento, porque pueden crear, y aquí radica nuestra esperanza, en esta inesperada capacidad de que efectivamente puedan enderezarse los caminos actuales, puedan iluminarse las opacidades de nuestros días.

En los últimos años ha habido ejemplos formidables de esta facultad humana para romper los ciclos viciosos, para salir de los senderos trillados, del realismo yermo. Los realistas nunca han logrado cambiar proceso alguno, porque aceptan la realidad como es y, por tanto, no pueden transformarla. En estos años últimos tenemos ejemplos de lo contrario, como el de la India, que ha pasado la cota de los mil millones de habitantes pero que en estos momentos, no sólo tiene una producción suficiente de grano para alimentar a su población —con gran austeridad, es cierto— sino que lo exporta y también exporta ingenieros y técnicos informáticos a países como Alemania. Pero además —y esto es lo más sorprendente de la India— es que el actual Presidente de la India pertenece a la casta de los «intocables», algo inimaginable hasta hace apenas diez años.

Basándonos en estas experiencias, podemos albergar la firme esperanza de que es posible transitar desde una cultura basada en la fuerza y la opresión a una cultura de paz. Pero para lograrlo —y aquí hay muchos maestros que lo saben mejor que yo— tenemos que partir de la pedagogía del ejemplo. En este caso un buen proverbio dice que «más vale un ejemplo que cien sermones».

El ciberespacio nos brinda en este sentido nuevas oportunidades educativas que no debemos desaprovechar. Pero para asegurar la calidad de sus contenidos, es necesario —como ya he expuesto en otras ocasiones— un código deontológico. La mejor pedagogía —la única— es la del amor y el ejemplo. Y la del amor, la asumida en un contexto familiar armonioso, y aprendida con ternura y afecto hacia los educadores y de los educadores hacia los aprendices. El educador *es* el protagonista principal y no basta con utensilios, por muy sofisticados que éstos sean. María Zambrano dijo que «sin educación para la paz no habrá desarrollo duradero. Una vez más, el maestro es el responsable, aunque no él solamente, de la suerte del mundo».

Los maestros y educadores —empezando por los padres— son los alfareros de este vaso nuevo, de este mundo nuevo que queremos construir. Educación es un proceso que debe permitirnos alcanzar la soberanía personal y dirigir nuestra vida de acuerdo con nuestras propias reflexiones, sin actuar al dictado de inspiración externa alguna. Me preocupa ver a tantos estudiantes como «espectadores» recibiendo información. Son receptores de información sobre la que meditan, que no transforman en conocimiento y, poco a poco, van al aire que les llega. Tienen como respuestas, no las propias, sino las que les dictan, y son marionetas de lejanísimas instancias de influencia. Son «contados» en las estadísticas, pero *cuentan* poco como ciudadanos.

Tenemos que estar permanentemente, de un lado, a la escucha, y de otro, en la torre de vigía, para anticiparnos a los acontecimientos. Escucha de aquellos que tienen experiencia. Tantas veces he pensado en aquella maestra de un pequeño pueblo africano que me dijo: «¿Por qué no vienen a recibir consejo, en lugar de darlo? ¿Por qué no vienen a escucharnos un poco? Yo llevo aquí veinticinco años explicando en la escuelita de este pueblo y ¿ustedes pretenden llegar con las mejores soluciones?». Y anticipación: una de las capacidades distintivas de la condición humana. Podemos saber para prever, y prever para prevenir, para evitar. La prevención es la gran victoria, es invisible, no se ve porque el acontecimiento no tiene lugar. Nunca se describen la paz o la salud, o la vida normal y la alegría. No se describe el accidente, la catástrofe, el escándalo, se describe todo aquello que sale precisamente de la normalidad, de este «tejido» cotidiano de esta vida.

Educación significa enriquecer y mantener nuestra identidad cultural, mediante una constante interacción con otras culturas. El repliegue lleva al declive y la aceptación de pautas ajenas conduce a este decaimiento progresivo de nuestro perfil, de nuestra manera consciente de afrontar los distintos temas. Debemos proporcionar a nuestros jóvenes las herramientas y las capacidades que les permitan establecer, mediante la reflexión, sus propias respuestas a preguntas esenciales, esas cuestiones que a veces incluso somos incapaces de plantearnos porque nos distraemos fácilmente con el tremendo vocerío de lo superfluo que nos impide concentrarnos en las cuestiones básicas, en los grandes desafíos sociales, medioambientales, culturales y morales de este fin de siglo y de milenio. Fue José Bergamín quien –desde esa tensión humana en la que vivía– escribió: «Me encuentro huyendo de mí, cuando conmigo me encuentro». Y es cierto que nos cuesta asomarnos a este hondo pozo nuestro.

Es una falacia decir que vivimos en la sociedad del conocimiento y la información. En realidad sólo algunos privilegiados, apenas un 5 por ciento de la población en los países más desarrollados, tiene acceso a los nuevos medios de comunicación e información. Pero esa montaña de datos e información se tiene que convertir en conocimiento mediante la reflexión y el pensamiento, tiene que convertirse en formación, y sólo así desembocará en sabiduría. Elliot decía: «¡Cuánta sabiduría se diluye en el conocimiento, y cuánto conocimiento en la información!». Tiene que quedar, por tanto, muy claro, que la educación depende, no de los medios de información, que ayudan, si no, primero, de la madre, después del padre, después de los maestros, después de los libros –los libros son excelentes

tes, porque en ellos hay un diálogo entre el lector y el autor, una dialéctica permanente que hace que se maduren los temperamentos y los hábitos, y se hagan más conscientes— y, por fin, de los medios informativos.

Es muy importante que madres y padres tengan conciencia de la responsabilidad que supone ser **los primeros educadores de los hijos**. Es una responsabilidad por igual, a si bien creo que la madre tiene un peso específico considerable. Madre, padre, maestros, libros, medios de comunicación, medios de información. Pero no al revés, pero no al revés. Porque, al revés, nunca tendremos esta tensión humana, esta capacidad de comparar, esta capacidad de compartir a la que aludía unas líneas más arriba.

Lo que sucede en el momento en que no hay tensión, en el momento en que somos receptores pasivos y a veces hasta indiferentes de la información que nos va llegando, es que vamos perdiendo no sólo la tensión y la pasión humana, que son imprescindibles, sino que perdemos también la compasión. Nos vamos no sólo desapasionando, sino *descompasionando*. Nuestra piel, nuestra «piel emocional», se va haciendo más resistente, más fuerte, y sólo reaccionamos ante visiones o catástrofes de grandes proporciones.

Es muy normal que no tengan tensión humana los saciados, los instalados, los que no tienen problemas, no conocen la muerte, no conocen más que muy de tarde en tarde, quizá, la violencia, y entonces, poco a poco se vuelven dóciles, como dice un poema de Jesús Massip, al que tantas veces he citado, porque a mi me impresionó mucho hace ya bastantes años cuando iba buscando, pautas para la acción, valores que estén situados suficientemente altos para poderlos ver de noche, que es cuando nos hacen falta. Decía, Jesús Massip «las horas volverán y nos encontrarán instalados y dóciles». Este es el gran problema. El gran problema es que nos encuentran instalados y dóciles, y toda aquella tensión, aquella pasión, y aquel ánimo que teníamos hace unos años van decayendo, y empezamos a decirnos que las cosas no tienen remedio, son así y no pueden ser de otra manera. Vamos aceptando lo que el profesor Jansen, presidente de la Asociación Americana de Físicos decía hace poco más de un año y medio, en un momento en que ambos nos dirigíamos a uno de los Congresos más multitudinarios, seguramente, de los Estados Unidos, en Atlanta: «La culpa de todos nuestros problemas la tiene...» y proyectó una diapositiva con una sola palabra: «inercia». Somos incapaces de enfrentarnos con esta inmensa maquinaria que parece imparable, que lo arrolla todo. Y nos lleva a decir: «No hay nada que hacer».

Los *sinremedistas*, los instalados, piensan que no podemos enfrentarnos a la inercia. Pero cuando, en lugar de pensar en el pasado pensamos en el futuro, cuando tenemos memoria de nuestros hijos, entonces sí que inmediatamente nos ponemos en marcha y proclamamos que hay que cambiar, que hay que enderezar las presentes líneas torcidas. El pasado ya no podemos escribirlo, sólo podemos describirlo porque ya está escrito. Lo dijo don Antonio Machado, «No están ni el ayer ni el mañana escritos». Y es verdad que a veces se ha descrito el ayer de una manera poco fidedigna; es verdad que el ayer contemporáneo tendremos que procurar redescrirlo mejor. Pero lo que es absolutamente cierto es que ya pasó, y no podemos rehacerlo. Podemos aprender de él, pero no rehacerlo.

En cambio, y éste es el gran regalo que tenemos que hacer a nuestros hijos, el futuro está todavía delante de nosotros, intacto. Y el futuro sí, el futuro podemos escribirlo todos juntos, no unos cuantos como hasta ahora, no unos cuantos sino todos. Estos ciudadanos del mundo, educados, que tienen sus propias respuestas y que escriben las líneas que ellos quieren, conscientemente, estos ciudadanos deben escribir ahora este futuro, un futuro de justicia, un futuro de libertad, un futuro de fraternidad y un futuro de igualdad, con las manos juntas.

Una de mis grandes preocupaciones es la soledad en la que viven tantos niños y adolescentes. Los padres de hoy se desviven porque a sus hijos no les falte nada y en realidad de lo que más carecen esos niños es de la presencia de los padres. Hace unos meses, el genial dibujante Forges representaba en una de sus viñetas a un niño de unos diez u once años que tenía alrededor un televisor, un ordenador y un juego electrónico. De sus ojos brotaban dos lágrimas y decía: «Mis padres me han dicho que yo soy hijo único, pero en realidad soy un hijo solo». En las actuales circunstancias tenemos que releer la Declaración de los Derechos del Niño, que establece que, hasta la edad de la emancipación, «los hijos se educarán en las creencias y en la ideología de los padres o tutores». Está claro que si, por el motivo que sea, no hay padres, tiene que haber unos tutores para crear un entorno afectivo que sea contrario a la soledad, a la falta de puntos de referencia, de interlocutores de los niños y de los adolescentes. Que no hagan lo que les dicen los demás que tienen que hacer, sino que hagan lo que piensan que deben hacer porque en el contexto en el que viven tienen suficientes puntos de apoyo. Y, entre ellos, los amigos.

Tendremos que hacer otra vez el elogio de la amistad. Tendremos que volver a hablar de «hermanos», como tan bien expresa el artículo primero de la Declara-

ción Universal de los Derechos Humanos: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derechos. Todos están dotados de razón y de conciencia, y deben actuar, los unos con relación a los otros, en un espíritu de fraternidad».

No puedo decirles nada que mejore este principio, que implica un cambio de cultura, desde la cultura de fuerza e imposición a la cultura de diálogo, a la cultura de la tolerancia y la comprensión. Tenemos que pensar qué cantidad de «gotas espirituales», en lugar de técnicas, tenemos que procurar incorporar a la educación de nuestros hijos. Tenemos que pensar si no valdría la pena reavivar las enseñanzas de creatividad, de música, de artes plásticas y del deporte, que nos enseña no sólo a perder, sino a ser generosos en la victoria. Y a crear amistad y lazos, que hemos ido abandonando en favor de unas enseñanzas técnicas.

Es un científico el que se lo dice: las enseñanzas técnicas son muy importantes, las destrezas son fundamentales para acceder a posiciones bien retribuidas pero, no lo olvidemos, el problema es un problema de educación **en todas las dimensiones**. Y lo que sobre todo tenemos que dar a nuestros hijos, antes de que llegue la edad de volar solos, son alas, son alas fuertes, no para vuelos alicortos y, sobre todo, no para vuelos dictados desde instancias ajenas.

Voy a concluir, diciéndoles que todo el sistema democrático se basa en estos principios, que tan bien recoge, por cierto, la Constitución de la UNESCO, y que yo puse en la Declaración y Plan de Acción de una Cultura de Paz, que tuve la enorme alegría de ver aprobado el día 13 de septiembre de 1999, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, por unanimidad. No hubo un solo país que considerara que esta Declaración y este Plan de Acción, que educaban para la comprensión y para la paz, para el respeto a los Derechos Humanos, para la escucha, para la mediación y para la amistad... No hubo uno solo de estos países que pusiera objeción alguna. Al contrario, mejoraron el texto original sin una sola enmienda que disminuyera ámbito o la luminosidad del proyecto.

Todo procede del uso correcto de la libertad. De la libertad de expresión, que es fundamental para que la cultura de la paz arraigue, para que nuestros hijos puedan durante toda su vida ser a la vez aprendices y educadores, que puedan tener esta interacción, que puedan ejercer este deber de memoria, que tantas veces he dicho que es fundamental para la paz.

Los que hemos vivido la violencia y la guerra, y hemos visto la muerte tantas veces, nos acordamos de quienes dieron su vida por la paz que hoy disfrutamos.

Nos acordamos de estos millones y millones de seres humanos, a veces muy jóvenes, que han sido el precio terrible que hemos pagado, por el adagio perverso «si quieres la paz, prepara la guerra», por esta factura basada en que los problemas se resuelven por la ley del más fuerte. Y ahora tenemos que transitar desde la razón de la fuerza a la fuerza de la razón. Y tenemos que tener memoria de a quien debemos la paz, y a quien debemos la libertad. Tenemos que recordar a quienes en tantos sitios están silenciados. Es el silencio de los silenciados. Hoy a mí me preocupa mucho más el silencio de los silenciosos. Tenemos que tener memoria, porque si tenemos memoria educaremos para la paz a nuestros hijos, y lo haremos en esta interacción permanente entre las familias, los centros escolares, los maestros y los alumnos. Educación: esta es la respuesta, la esperanza.

RESUMEN

Tenemos que transitar desde la razón de la fuerza, desde la cultura basada en la fuerza y la opresión, a la fuerza de la razón, a una cultura basada en la paz; para ello debemos partir de la pedagogía del ejemplo.

Son las familias, los centros escolares, los maestros y los alumnos los que, en permanente interacción, deben formar ciudadanos del mundo, es decir, educar en la cultura de paz.

Nuestra esperanza reside en la capacidad de crear que tiene el ser humano, en la educación. Educación que depende primero de la madre, después del padre, después de los maestros, después de los libros y, por último, de los medios informativos (como el ciberespacio que, necesita de un código deontológico para asegurar la calidad de sus contenidos).

Sin embargo, debemos tener memoria para poder educar para la paz a nuestros hijos, porque del pasado, aunque no podemos rehacerlo, podemos aprender, y así, escribir entre todos juntos un futuro justo, libre, de igualdad y de fraternidad.

ABSTRACT

We have to go from the reason of the strength, from a culture based on the strength and the oppression to the strength of the reason, to a culture based on the peace; for that we must start from the pedagogy of the example.

Families, schools, teachers and pupils are the one who, in constant interaction, must train citizens of the world, in other words, in the culture of the peace.

Our hope lives in the capacity to create that the human being has, in the education. Education that depend on first place from the mother, later from the father, afterwards from teachers, later from books and, in last place, from news media (like the cyberspace, that needs a deontologia code to secure the quality of its containts).

However, we must have memory to educate our children for the peace, because from the passt, though we can't repeat it, we can learn of it, and so write in all together a just, free, equal and fraternity future.